

Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos

XXX



Córdoba, 2023

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos
XXX

Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Diputación de Córdoba. Departamento de Ediciones, Publicaciones y B.O.P.

Córdoba, 2023



Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica de Córdoba y sus Pueblos, XXX

Consejo de Redacción

Coordinador

Juan Gregorio Nevado Calero

Vocales

Fernando Leiva Briones

Manuel García Hurtado

Juan P. Gutiérrez García

José Manuel Domínguez Pozo

Manuel Muñoz Rojo

Edita e Imprime: Diputación de Córdoba.

Departamento de Ediciones, Publicaciones y B.O.P.

Foto Portada: Santuario de Ntra. Sra. de Belén y al fondo Palma del Río.
Foto Rafael Morales.

I.S.B.N. (Autor): 978-84-09-55802-5

Depósito Legal: CO 2134 - 2023

La isla del gavián de Pedro Tébar. Una construcción mitológica de Los Pedroches

Antonio Merino Madrid
Cronista Oficial de Añora

No se puede presentar *La isla del gavián* de Pedro Tébar¹ desde otro registro que no sea el de la solemnidad.

“Hubo una época en la inacabada e interminable línea del movimiento en la que todo se detuvo y se paralizó. Ninguna resonancia perturbaba la enorme concavidad del cielo. Las aguas estaban en gran calma y nada ocupaba el espacio que se alzaba por encima del mar inabarcable y sus poderosos brazos. Desde muy lejos llegó hasta allí la palabra (...). No eran plegarias las que se oían, sino mandatos. Todo se levantó. De las aguas del mar surgió una bruma, como la tolvanera que levantan mil caballos. Luego, de aquellas aguas, cuando aquella neblina desapareció, surgieron formas a las que nadie pudo poner nombre. Esto fue lo primero. Luego llegó el bochorno y el encendimiento. Por último la humedad y sus pegajosos tentáculos. Así fue al norte y al sur, al este y al oeste. Nació el ruido. Y lo que antes fueron llanuras inconmensurables albergaban ahora enmarañados laberintos”.

Este es el comienzo del capítulo III de la primera parte de *La isla del gavián*, pero podría serlo del *Génesis*, de la *Teogonía* o de *Cien años de soledad*, porque del principio de una historia se trata, no del inicio de una familia o una generación, sino del origen de todo un pueblo, de un territorio, de un universo mitológico, de Los Pedroches.

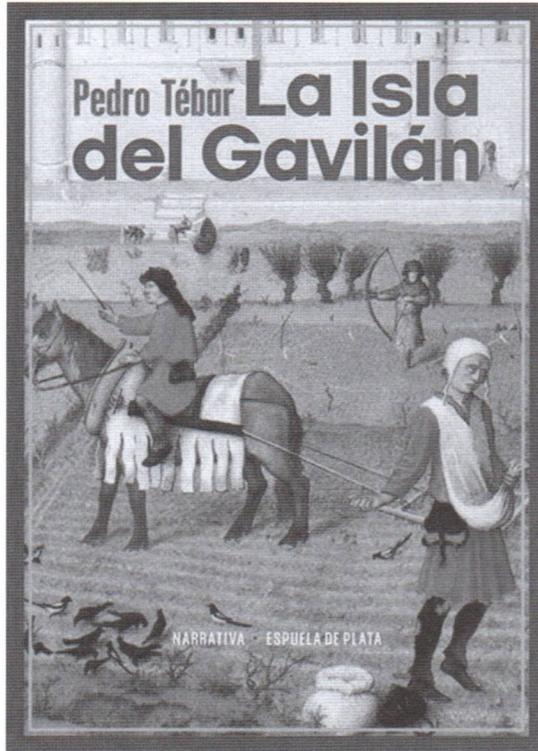
Volveremos más tarde con la mitología, pero antes...

Quisiera comenzar esta intervención² contando una pequeña anécdota literaria, ahora que se cumple precisamente el centenario del nacimiento de uno de sus

¹ Pedro Tébar (Villanueva de Córdoba, 1943) es licenciado en Geografía e Historia y ha ejercido como profesor de secundaria. Su producción literaria se basa en el relato, el cuento y el artículo periodístico, géneros en los que ha obtenido varios premios. En 1996 ganó el Premio Tiflos de Cuentos con la obra *Música en la almohada* (Huerga y Fierro), conjunto de relatos ambientados en el paisaje y las vivencias de su tierra natal. En 2008 publicó *Canción de la madre del agua* (Editorial Renacimiento), colección de cuentos sobre leyendas populares de Los Pedroches que había obtenido el IV Premio Internacional de Narrativa Corta Generación del 27 y fue galardonada también con el Premio Solienses 2009. *La isla del gavián* (2022) es su primera novela.

² Este artículo reproduce básicamente mi intervención en la presentación del libro *La isla del gavián* de Pedro Tébar (Editorial Renacimiento, 2022) en el Teatro Municipal de Villanueva de Córdoba, realizada el 11 de noviembre de 2022, y en la sede de la Delegación Provincial de Cultura de la Junta de Andalucía en Córdoba, el 13 de diciembre de 2022.

protagonistas. En 1985, animado por su amigo, el psiquiatra Carlos Castilla del Pino, el escritor madrileño Juan Benet visitó Los Pedroches. Venía buscando Región, ese espacio literario que el propio Benet había creado en novelas como *Volverás a Región* (1967) o *Herrumbrosas lanzas* (1983), teóricamente situada en la franja asturleonera y que Castilla del Pino, sin embargo, le había hecho creer que se encontraba aquí, en el norte cordobés, en Los Pedroches. Así que un día, aprovechando un regreso de Sevilla a Madrid, el ingeniero dio un volantazo y enfiló la carretera de Obejo por el valle del Guadalbarbo. La experiencia de Benet no puso ser más negativa. Por algún motivo el viajero atravesó toda la sierra por las peores carreteras (si es que entonces había alguna buena) y acabó en Pozoblanco, desde donde se trasladó a Pedroche y de allí a Dos Torres.



En un artículo publicado en la principal tribuna del diario *El País* escribió luego: “Si los tractores se hubieran trocado en mulas, los remolques en carretas, el bar en una venta y las camisas y pantalones en sayas y jubones habría disfrutado de una no adulterada escena cervantina. Sin duda medio centenar de kilómetros a través de un campo intemporal forzarón una impresión tan retrógrada, pero lo cierto es que quitando cuatro cosas -las más mudables y quizá intrascendentes- podía suponer que había saltado a un momento del siglo XVII”³.

Benet habló de “ámbito de la ucronía”, “bar de Los Pedroches a la espalda de la historia”, “aguas estancadas”, etc. El pobre Castilla del Pino, que es de quien este año se celebra el centenario de su nacimiento, se sintió obligado a salir en defensa del territorio cordobés y, en otro artículo

publicado en el mismo medio, acusó cariñosamente a Benet de haber pretendido “la tangibilidad de la imagen, la concreción de lo no dado, la evidenciación de lo inexistido”⁴. Es decir, Región estaría en Los Pedroches, pero no pretendas verla; en el mejor de los casos, tan solo intuir la, como la existencia de Dios.

Algunos lectores acudieron también en defensa de Los Pedroches, creyendo quizás que Benet los atacaba. Así, enseguida hicieron ver que el ingeniero había confundido las encinas de la dehesa con el olivar de la sierra, dando de este modo entre todos nacimiento al acto fundacional de la literatura moderna de Los Pedroches y planteando ya desde los inicios el debate fundamental en torno al cual se articula: el paisaje. O lo que es lo mismo, en torno al territorio.

³ BENET, Juan: “Los Pedroches”, *El País*, 13 de julio de 1985.

⁴ CASTILLA DEL PINO, Carlos: “La equivocación de Juan Benet”, *El País*, 11 de noviembre de 1985.

Los Pedroches se articulan en torno a dos paisajes diferentes, aunque de noche, como le pasó a Juan Benet, parezcan uno solo: el olivar y la dehesa (“La Tierra de las Pizarras y La Tierra del Granito”, los nombrará luego Pedro Tébar). En ambos casos se trata de paisajes artificiales, creados por el hombre a su imagen y semejanza, atendiendo a sus propias necesidades. Es decir, el hombre de Los Pedroches ha sentido desde sus orígenes la necesidad de transformar su entorno para hacerlo más accesible, embarcándose así en una tarea de siglos que necesitaba su plasmación literaria en términos de epopeya.

Por un lado, tenemos la dehesa, que es la domesticación del salvaje bosque mediterráneo convertido en jarales si se entrega al abandono. En Los Pedroches su dominio arranca al menos desde el siglo XV, pues ya en 1492 los Reyes Católicos se vieron obligados a dictar la llamada “Pragmática concedida a los que tienen cortijos, tierras o heredades en Córdoba y su tierra sobre adehesar”, en la que se cita expresamente el territorio de Los Pedroches (“el Pedroche, en las limitaciones hiermas”, dice), y en ella se imponían límites al adehesamiento, porque esa realidad estaba suponiendo de hecho la reserva de grandes territorios para uso exclusivo de los señores. Luego, las dehesas tendrían una importancia capital en la historia de Los Pedroches, particularmente en la zona de realengo, por cuanto en torno al disfrute de las dehesas comunales de la Jara, Ruices y Navas del Emperador se articuló la creación y mantenimiento de la mancomunidad de municipios de las Siete Villas de Los Pedroches, que resistió hasta las desamortizaciones liberales del siglo XIX. Durante su vigencia, las Siete Villas protegieron con mimo sus dehesas y crearon una legislación muy estricta –cercana a lo devocional– para la protección del encinar.

Por otro lado, el olivar de la sierra, ganado también al monte asilvestrado, producto de un trabajo de dimensiones épicas llevado a cabo en muy pocos años por los materos, que ya a finales del siglo XIX y comienzos del XX, con la ayuda inestimable de sus azadones, arrancaron encinas, retamas y juagarzos en las zonas más recónditas de Sierra Morena, en la llamada dehesa de La Concordia, para crear un paisaje inédito hasta entonces y, con él, toda una cultura nueva que, sin embargo, enseguida arraigó en el territorio y sus gentes como propia y ancestral.

Como creaciones artificiales que son, ambos paisajes se hallan en constante riesgo de desaparición, a poco que se abandonen. Son paisajes que requieren esos cuidados de exigencia mitológica, esos castigos cíclicos que –como el de Sísifo– nunca deben abandonarse, pues la consecuencia inevitable sería su pérdida para siempre, en cuanto la naturaleza actuara enseguida según es su cometido y su obligado proceder siglo tras siglo.

El tema del paisaje ha estado presente en la literatura de Los Pedroches desde sus inicios. Las primeras menciones en los albores de la literatura española ya hablan de su fauna, como Pedro López de Ayala, que ya en el siglo XIV, en su *Libro de la caza de las aves*, advirtió que “En España los mejores gavilanes, que yo sepa, y mayores y de mejor esfuerzo son los que crían en el Pedroche, que es en término de Córdoba” o el *Libro de la Montería* de Alfonso XI, que cita los montes de Obejo entre los lugares con mejores condiciones para la caza del oso.

En la literatura propia de Los Pedroches, tenemos incluso lo que podríamos llamar autores especializados por ámbitos territoriales o paisajísticos: así, Antonio Porras Márquez⁵ e Hilario Ángel Calero⁶, por citar solo dos ejemplos, se fijaron

⁵⁵ Además de algunos libros de poesía y relatos, Antonio Porras Márquez (Pozoblanco, 1886-1970) publicó la novela *El centro de las almas* (1924), con la que consiguió el premio Fastenrath correspondiente al quinquenio 1922-1927 y que Azorín definió como “el libro de la Sierra de Córdoba”.

especialmente en el paisaje del olivar, mientras que Alejandro López Andrada⁷ o Francisco Onieva⁸ han dirigido su mirada más específicamente a la dehesa y a la encina.

La mención al paisaje era inicialmente algo meramente descriptivo o circunstancial: el olivar era el marco espacial en el que se desarrollaban los amores de la sierra de Hilario Ángel Calero o el escenario de las pasiones amorosas de Antonio Porras. Con Alejandro el paisaje adquiere una nueva dimensión lírica: la dehesa de Los Pedroches y el paisaje minero de su pueblo natal se convierten en el marco de referencia adecuado para expresar la melancolía del poeta, que, como Odiseo, regresa al hogar y se encuentra los restos de otros tiempos. El paisaje es cómplice de la nostalgia, un elemento que contribuye a crear el clima adecuado que el poeta necesita para expresar sus sentimientos y emociones. El paisaje tiene mucha presencia, pero todavía no es el protagonista absoluto del poema (el protagonista continúa siendo el yo poético, la voz del poeta, el propio poeta). Hacía falta dar un paso más en esa dirección.

Podríamos decir que con Pedro Tébar se produce un salto cualitativo, puesto que su abordaje del paisaje ya no es descriptivo, sino puramente interpretativo. A ese esfuerzo épico de construcción del paisaje por parte del hombre de Los Pedroches a partir de unas circunstancias adversas le hacía falta su propia mitología y aquí es donde llega la obra de Pedro Tébar a suplir estas carencias. Para ello, Pedro no crea un paisaje, no se inventa una geografía imaginaria, sino que su estrategia consiste en re-crear literariamente el paisaje real de Los Pedroches, en reconvertir el propio paisaje y su historia en material literario. Vayamos con ello.

Recientemente se ha publicado un libro muy atractivo titulado *Regiones imaginarias* (Editorial Menguantes)⁹. El título incluye un guiño a la Región de Juan Benet y está compuesto por una serie de colaboraciones de autores diversos referida cada una a un territorio literario inventado por sus autores. Ahí están la Comala de Juan Rulfo, el Macondo de García Márquez, el condado de Yoknapatawpha de William Faulkner o la Vigata de Andrea Camilleri, todos ellos territorios inventados en un poderoso ejercicio de construcción literaria. A partir de unos pocos indicios ambientales, el escritor construye el espacio literario donde desarrollar su narrativa, incluyendo ciudades, bosques, ríos y valles, a todos los cuales da nombre y dota de historia. Es un trabajo literario inmenso que construye territorios inexistentes con tanta contundencia que nunca falta quien asegura haberlos visitado realmente, sin que tan siquiera existan. En algunos casos estos territorios inventados han alcanzado tal categoría mítica que han terminado suplantando a los realmente existentes. En la literatura de Los Pedroches, un ejercicio semejante es el llevado a cabo por Juan Bosco Castilla en su abrumadora trilogía de *Sholombra*, a la que algún día se le harán los honores que merece¹⁰.

⁶⁶ Hilario Ángel Calero (Pozoblanco, 1922-1982) publicó los libros de poesía *Mis sueños* (1964) e *Inquietudes* (1970).

⁷ Alejandro López Andrada (Villanueva del Duque, 1957) es un prolífico narrador y poeta ganador de numerosos premios que ha convertido el paisaje de Los Pedroches en un tema recurrente de su producción literaria.

⁸ Francisco Onieva (Córdoba, 1976) es un escritor afincado en Los Pedroches autor de poemarios como *Perímetro de la tarde* (2007) o *Las ventanas de invierno* (2013).

⁹ COLOMER, Álvaro y otros: *Regiones imaginarias: En busca de los lugares míticos de la literatura*, Editorial Menguantes, León, 2022.

¹⁰ Juan Bosco Castilla (Pozoblanco, 1959) es autor de novelas como *El farero* (2005), *El hombre que amaba a Franco Battiato* (2016) y la trilogía formada por *Sholombra*, *De Sholombra a Nógdam* y *Nógdam* (2018).

Y luego está la otra opción¹¹. Partir de un territorio realmente existente y darle una nueva dimensión a través de la literatura. Aquí no hay propiamente creación, ni construcción imaginaria de pueblos, ríos y valles, sino una remodelación de la realidad a partir de las armas y los instrumentos que la literatura concede al escritor. En cuanto ponga unos ejemplos, se entenderá a qué me estoy refiriendo. Y me refiero, por ejemplo, a La Alcarria, una comarca que adquirió dimensión literaria tan solo cuando Camilo José Cela se fijó en ella y la modeló a su antojo¹². Lo mismo podemos decir de la Mágina (Úbeda) de Antonio Muñoz Molina¹³, los campos de Níjar almerienses de Juan Goytisolo¹⁴ o, para qué huir más y no llegar ya a los orígenes, La Mancha de Cervantes, convertida en territorio mítico a partir de su pura descripción realista y seca, sin adornos ni retorcimientos retóricos.

Pedro Tébar ha cogido Los Pedroches y, con ligerísimas licencias, como la de llamar Mardencina a su propio pueblo, los ha convertido en materia literaria principal de su obra. Para ello no ha necesitado inventarse nada, porque todo estaba al alcance de su mano, como la fruta del paraíso. Tébar ha partido de la propia historia de la comarca para extraer de ella su dimensión épica y mítica y ha conseguido entrelazar los hechos para construir un universo propio a partir de lo realmente existente. Es decir, lo de Pedro no es una mera descripción de lo que existe, sino una reinterpretación literaria de la realidad que dota sin embargo al territorio de una nueva dimensión, por cuanto sus espacios, sus pueblos y cañadas, sus ríos y montañas, no son ya solo accidentes geográficos, sino el escenario de episodios misteriosos o mágicos (es decir, mitológicos) que han ido conformando la personalidad de la comarca con el curso de los siglos. Los Pedroches de Pedro Tébar resultan absolutamente reconocibles, pero en su interpretación, dando forma a las leyendas primitivas sobre el origen de los pueblos, se ha operado una transformación tan sutil como radical.

Gracias a esta redimensión literaria del territorio, este ya no podrá volver a ser visto con los meros ojos de la realidad, sino a través de la personal interpretación de Pedro, del mismo modo que nadie puede ya imaginar otra Mancha que la de Cervantes, mucho más verdadera que la real. Tarde o temprano tenía que aparecer en nuestra literatura comarcal quien transformara en leyenda los esfuerzos épicos del hombre de Los Pedroches por convertir su paisaje agreste en un territorio más amable. Y aquí está. La novela de Pedro Tébar sublima la historia de Los Pedroches para convertirla en esencia identitaria, destila lo que realmente importa para ofrecerlo al lector como fundamento de su relato. Desde hoy Los Pedroches tienen un espejo donde mirarse y reconocerse, un signo más de identidad territorial, y un testigo que pasar a sus descendientes con el peso de tantas generaciones que nos precedieron. Pedro Tébar escribe la historia de Los Pedroches, pero no con el lenguaje leguleyo de los legajos de archivo, sino con la palabra luminosa de la literatura, con el lenguaje mágico y simbólico de la poesía, una historia que se mantendrá durante generaciones, como se transmitió de una en otra el mensaje secreto y decisivo en torno al castillo de Pedroche.

En *La isla del gavilán* tenemos dos historias que son la misma historia, la historia de Los Pedroches transfigurada a través de su mitología. La primera es una

¹¹ En realidad, habría una tercera, aunque no me voy a referir a ella. Sería la de los mundos creados fuera de cualquier geografía conocida, es decir, por ejemplo, el Mordor de la Tierra Media de Tólkien (*El señor de los anillos*, 1954-55) o, más cercano a nosotros, el reino de Olar de *Olvidado Rey Gudú*, de Ana María Matute (1997).

¹² CELA, Camilo José: *Viaje a la Alcarria* (1948) y *Nuevo viaje a la Alcarria* (1986).

¹³ MUÑOZ MOLINA, Antonio: *Beatus ille* (1986), *El jinete polaco* (1991), *Los misterios de Madrid* (1992) y *El viento de la luna* (2006).

¹⁴ GOYTISOLO, Juan: *Campos de Níjar* (1960).

historia cerrada, con su planteamiento (la construcción de la fortaleza en tiempos de los moros), su nudo (los intentos del Señor del Horcón por adueñarse de ella en sus continuos anhelos de expansión territorial) y su desenlace (la destrucción gracias al secreto guardado durante siglos en un legajo lleno de enigmas nombrado “El libro de las Piedras”). Es la historia del castillo de Pedroche, mezclando maravillosamente historia y ficción, realidad y fantasía, para crear un conjunto bellamente unitario, incluyendo el capítulo 3 de la primera parte (“El reino de la Junta”), que, aunque aborda otro tema, participa de la misma estética literaria del resto.

Dentro de esta historia, el capítulo 5 de la primera parte (“El Señorío de Horcón”) constituye el núcleo principal, 200 páginas de una prosa bella y elaborada que se lee de un tirón, con el regusto ancestral de un lenguaje atrevido en el que el autor ha sabido integrar la jerga antigua de los documentos de viejos escribanos en párrafos hermosísimos de égloga, elegía y leyenda. Es un bloque muy sólido, de un gran aliento épico, salpicado de voces antiguas que cantan salmodias ancestrales al modo de los coros en la tragedia griega. Ahí están los rituales fundacionales de nuestra historia comarcal, como la toma ceremonial del Villar Alto por parte del Señor del Horcón o el banquete de las vacas de don Pedro del Cerrillo que celebraron los vecinos de las villas y el posterior juicio al que fueron sometidos, los intentos de apoderarse de la Torre del Milano y el asalto final al castillo de Pedroche por parte de don Gonçalvo Messía, el Godo; la gran batalla por la fortaleza contra el señor de Aguilar, según cuentan las crónicas que escribieron los cronistas muchos años después de que los hechos sucedieran.

La otra historia es más abierta, llena de evocaciones y sugerencias, más costumbrista, sin apenas desarrollo cronológico y con una concepción del tiempo voluntariamente confusa, “rulfiana”, diríamos desde la crítica literaria. Su intención es conferir a todo el relato una dimensión circular, de un universo que se repite si somos capaces de captar las señales que así nos lo indican. Las señales están repartidas a lo largo de todo el libro, en forma de leyendas, signos y símbolos reconocibles para cualquier habitante de Los Pedroches, porque son las marcas identificativas del territorio y sus creencias (los lobos, las culebras que maman a las mujeres, la temible alicántara (*que si viera, que si oyerá*), los ahorcados, los muertos por el rayo, “los miedos de siempre”...). En el cortijo del Manco se describe un mundo de materos y aceituneros, lleno de fantasmas y espíritus que marcan un destino, la historia lorquiana de Lucía y su hermano Julián y de Juan, que era forastero, guapo, alto y fuerte y que venía del sur para protagonizar una tragedia de la que quizás surja la esperanza.

- ¿De dónde viene usted, buen hombre, si se puede saber?
- No vengo de ningún sitio. Voy de un lugar a otro. Me gusta viajar y busco camisetas de culebra, minerales, el agujón de un alacrán, la encina de la Virgen, el agua de las flores donde se bañan las doncellas...
- ¿Para qué busca usted, si se puede saber, todo eso?
- Para los sortilegios.
- ¿Y qué son los sortilegios?
- Son las adivinaciones, las luces. Y también los milagros. (p. 35)

La propuesta creativa de Pedro Tébar resulta sumamente ambiciosa, porque la entiendo como un intento de novelar toda la historia de Los Pedroches, a través de diversos momentos cronológicamente seleccionados, mezclando realidad y fantasía, con un gran componente mágico y mítico. Mítico sí, porque Pedro Tébar ha dado forma a las leyendas primitivas sobre el origen de nuestros pueblos, de los pueblos de Los Pedroches, y eso es la mitología, en el sentido en que la definió H.J. Rose hace ya casi un siglo: “el mito es el resultado de la imaginación ingenua sobre los hechos de la

experiencia, la puesta en movimiento de la imaginación del ser humano ante una realidad que aparece como maravillosa o intrigante”¹⁵. Y como las maravillas no se agotaron con la Antigüedad Clásica, el hombre sigue eternamente envuelto en la elaboración de sus propios mitos. Como bien sabemos, los mitos son respuestas a las cuestiones más profundas y más graves que el ser humano puede plantearse, entre ellas, las de sus propios orígenes.

Y en *La isla del gavilán* está el catálogo entero de nuestra mitología fundacional. Una mitología que podíamos dividir en dos partes, como los paisajes de la comarca: una mitología de los orígenes y una mitología de las vivencias.

En la primera, nos encontramos un amplísimo muestrario:

- la joven Alania, hija del rey Alcorac, destinada a custodiar el Arca de los Recuerdos, el lugar donde duerme la Memoria del Reino; ella podía transitar por todos los caminos menos por uno, el de los arrieros, como Eva podía comer todas las frutas menos una y Pandora hacerlo todo menos abrir la caja.
- la construcción de la ciudad escalonada en el Reino de la Junta, como torre de Babel, que finalmente se desmoronó al mismo tiempo que el rey Alcorac iba perdiendo la memoria y mandó que lo grabaran todo en un muro de piedra natural en el paraje del arroyo de las Víboras, en la Vereda del Muerto, igual que se representó la Gigantomaquia en los mármoles del Partenón.
- el remoto Santuario del Soto, con su sacerdote adivino Mantio, igual que el oráculo de Apolo en Delfos tenía a su Sibila.
- la batalla entre moros y cristianos que dejó la llanura del campo de las bellotas tapizada de cadáveres, como en Troya murieron los ejércitos de teucros y mirmidones.
- las vírgenes de los bosques, como diosas y ninfas que protegen el encinar y sus aldeas.
- la toma con engaño de la fortaleza de Pedroche, así como un engaño permitió también la destrucción de Ilión
- el choque de los ejércitos de Gonçalvo Messía y Alonso de Aguilar en las dehesas entre Mardencina y el Petroc, como en las playas de Anatolia, junto al Escamandro, se enfrentaron griegos y troyanos con Héctor y Agamenón a la cabeza.

La mitología de las vivencias es la que Pedro Tébar comenzó a recoger en sus dos libros de relatos (*Música en la almohada*, 1996; y *Canción de la madre del agua*, 2008) y que aquí continúa:

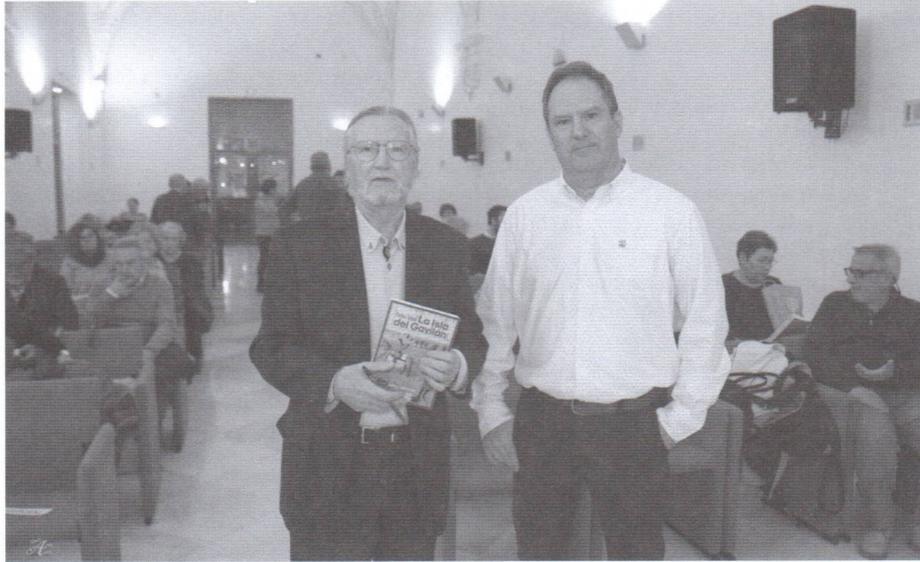
- El mito de los amores imposibles, en La Pizarra, en el cortijo del Manco, que tiene que acabar necesariamente en tragedia, como la de Fedra e Hipólito.
- El mito del camino del Muerto y el esfuerzo por rescatar al héroe epónimo, como el padre de Teseo dio nombre al mar Egeo.
- Los mitos de los miedos ancestrales, el miedo a la culebra que mamaba de las recién paridas por la noche mientras dormían; el miedo a la víbora y la alicántara, que si una viera y la otra oyera no hubiera hombre que al campo saliera.

Una mitología que deberá desentrañarse y que tiene su propia cosmogonía en la creación de El Reino de la Junta, allí tras la Raya, donde se unen el río Cuzna, “majestuoso y largo, que traía en sus aguas el óxido y el verdín de las minas”, y el río Gato, “que descendía encajonado y rebelde y llevaba el viento último de los cereales y la dehesa, la turbidez de las arcillas y las pizarras” (p. 49-50).

Los Pedroches han tenido mucha suerte de que alguien haya realizado esta tarea inmensa de reconstrucción mitológica. Y yo me considero una persona afortunada por haber tenido el privilegio de presentar este trabajo por primera vez a su público natural,

¹⁵ FALCÓN MARTÍNEZ, Constantino y otros, *Diccionario de la mitología clásica*, Alianza Editorial, Madrid, 1980, tomo I, pág. 1.

al público de Los Pedroches, porque quizás de este modo me salpique algo de la gloria que el devenir le tiene reservada a *La isla del gavián*.



*Pedro Tébar (izquierda), autor del libro, y Antonio Merino, Cronista Oficial de Añora, durante la presentación en Córdoba el 13 de diciembre de 2022
[Fotografía: Agustín Merino].*



**Ilustre Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales**

